

CARTAS INÉDITAS DE RAMÓN J. SENDER A ANA MARÍA NAVALES

Juan DOMÍNGUEZ LASIERRA*
Escritor y periodista

En una revisión a fondo de la documentación de la escritora aragonesa Ana María Navales, entre centenares de cartas, me he encontrado con cuatro misivas que no contemplé en el artículo sobre la correspondencia entre Ramón J. Sender y Ana María publicado en el número 26 de *Alazet*, de 2014 (*Boletín Senderiano*, 23, pp. 249-258). Doy ahora noticia de ellas y, precisando un poco más, puedo señalar que esa correspondencia se extiende de diciembre de 1975 a abril de 1980, aunque, como ya dije en su día, algunas cartas de Ana María a don Ramón se han perdido, o al menos no se encuentran en el archivo del Centro de Estudios Ramón J. Sender del IEA. De las catorce con que ahora contamos, diez pertenecen a Sender y el resto a Ana María. Tres de esas nuevas cartas son de bastante extensión, y en ellas, como en todas las dirigidas a Ana María, don Ramón hace gala de su humor, de su ironía y de su desparpajo retórico y alumbró reflexiones de gran interés sobre su concepción de la vida. Todas las remite desde San Diego, California.

Repasamos esas cartas.

9 DE FEBRERO DE 1976

Sender encabeza la carta con un «querida niña» y sigue con un paréntesis: «Bueno, olvido que estás casada y que tal vez debería hablarte en otro tono, pero estoy seguro de mi inocencia». Siempre Sender... Está escrita a máquina.

Le dice a Ana María que ha leído sus poemas «y están muy bien», y añade: «El otro libro lo he ojeado. Como novelista me gusta Delibes y a los otros no los

* jdominguez@soporteygestion.com

conozco». Se trata del libro *Cuatro novelistas españoles*, en el que Ana María trata, además de a Delibes, a Ignacio Aldecoa, Francisco Umbral y Daniel Sueiro.

No sabemos si esas lecturas le han hecho reflexionar sobre el entendimiento del mundo, pues dice a continuación:

El mundo es del todo irracional y lo ridículo de los políticos, legisladores, algunos filósofos e historiadores es que quieren entenderlo lógica y racionalmente. Solo los poetas lo entendemos y lo amamos o detestamos (ambas cosas al mismo tiempo) como es. Algunos religiosos (místicos enemigos de la iglesia), también.

Tras felicitar «de veras» a Ana María (es de suponer que por sus poemas y su estudio), sigue con sus reflexiones:

Supongo que piensas como yo: todo consiste en amar y huir del dolor dentro de lo posible. Amar no solo a la mujer sino al gato, el árbol en flor, a las olas que suben por la playa y a todas las cosas que sospechamos que existen (infinitas cosas) y que no podemos alcanzar.

Le dice don Ramón que no sabía que le había contestado dos veces a su segunda carta, que otras cartas no las ha contestado nunca, pero que con ella vale la pena reincidir. Señala que nunca se ha hecho ilusiones con las personas y trae a colación lo que decía su hija Andrea cuando tenía doce o trece años: «En el mundo no hay más que gente: ¡qué aburrimiento!». Y concluye:

En eso salió a mí. Muchas veces lo había pensado también a su edad. Pero más tarde he ido viendo que algunas personas valían la pena.

No lo digo por ti porque no me gusta decir piropos a tanta distancia (quedan sin retribución).

En su ir y venir dice:

cuando he visto tus fotos he recordado una canción de mis años verdes (14 o 15, creo) y en Zaragoza, uno de cuyos estribillos terminaba:

delgada de cintura,
morena y alta...

Lo curioso es que me acuerdo muy bien de la melodía, pero no del resto de la letra.

Vuelve a referirse a los cuatro novelistas de Ana María, pero pasa de sopetón a su Nancy, de la que da detalles íntimos, y a sus reflexiones existenciales:

Leeré D. M. (así decían en mi tiempo las abuelas) lo que dices sobre esos novelistas y espero que hayas leído de mí algo más que las cartas de Nancy aunque en definitiva lo mismo da y el propósito de esos tres libritos quedó logrado cuando la tuve a ella en mis brazos, cosa mucho más importante que escribir novelas. Era —y es— una criatura también mimosa —a pesar de ser americana— y con sus dobles y triples y múltiples niveles como cada cual. Veo que te has dado cuenta de que somos infinitos por dentro en nuestra capacidad de felicidad y de desgracia y en la belleza horrenda de las ambivalencias que nos dejan a menudo confusos y mareados. La poesía, por fortuna, lo arregla todo. Al menos por unas horas. O días. O noches. O años. O siglos por venir.

Se despide con «Nada más hoy. No quiero desvariar», «El abrazo de costumbre» y su firma, *Ramón* (autógrafo). El folio ha terminado, pero añade un «(sigue)»

para el reverso de la hoja. Le ha surgido la necesidad de elucubrar sobre el ritmo de la poesía y de la vida y escribe estas genuinas reflexiones:

A mí me gusta el ritmo en la poesía porque es la única cosa que rige realmente el universo y lo primero que conocí antes de nacer (en el vientre de mi madre): el ritmo de su corazón. Es lo primero que oímos.

Luego he visto que las esferas, los astros, las constelaciones, los universos —ya se sabe ahora que hay más de uno— se combinan y mueven con ritmo. Hay ritmo en la fecundación y en el andar. Claro es que en el ritmo de la poesía debe haber sorpresas. Cuando las hay en el ritmo del andar lo llamamos danza. Con ritmo o sin él la tuya me gusta de veras.

Al final, un piropo.

Firma de nuevo, esta vez con una *R.* autógrafa.

27 DE FEBRERO DE 1976

Es esta una extensísima carta de don Ramón (dos folios completos a máquina, a un espacio y con tacaños márgenes), y una de las más jugosas. Hace comentarios sobre el género epistolar y sobre Nancy, se mete con los profesores universitarios, anuncia la visita de Cela, habla de amores y de las ardillas de su parque de San Diego. No tiene desperdicio. Y eso que afirma que le molesta «escribir cartas en general». Pues, si no le molestase...

Niña querida,

No sé qué pasa, pero tus cartas tiran de mí y me pongo a contestarlas después de leerlas dejando todo lo demás. Tiene gracia. Todo el mundo escribe cartas para hablar de sí mismo. Tú también. Pero los que hablan de sí mismo suelen perderse magníficas oportunidades para callarse y en tu caso es diferente. Hablas de ti misma por los codos y me interesa y me gusta y como ves te imito a vuelta de correo. Lo que te decía de «niña» (con la seguridad de la inocencia) tiene o requiere una explicación. Si una mujer a quien quiero —supongamos— le escribiera a otro hombre cartas tan sugestivas y recibiera de él respuestas adecuadas yo le iba a dar un spanking [léase *una azotaina*] que se iban a oír sus alaridos en Sebastopol. Ahora bien, mis spankings por su localización y por lo que tiene de caricia la mano ancha y abierta acabarían como yo me sé y como tú puedes imaginar. Y a otra cosa, mariposa, que decíamos de chicos.

Siempre Ramón.

Le dice que supone que habrá recibido su última carta en relación con el *Tenorio* y le habla de una «plaqueta para Apuleyo». Podría tratarse de alguna corta publicación para el periodista y escritor madrileño Apuleyo Soto, pero lo del nombre *Apuleyo* le sirve a Sender para un juegucito retórico: «supongo que no es el del burro de oro sino algún editor inteligente». A continuación la felicita: «Tienes talento y no hace falta que te lo diga yo para que sea verdad. Pero envíame todo lo que salga con tu firma».

Sigue con lo de Nancy:

En cuanto a *Nancy* sé que se ha publicado algo (digo de crítica). Al menos un profesor de la U. de Washington en Seattle, que se llama Ceniceró, no, algo como

Cebollero¹ [...] bueno, dejo en blanco el espacio de su nombre a ver si lo recuerdo antes de terminar la carta, publicó en una revista de los jesuitas de Deusto (¡¡¡) un ensayo, situando según me dijeron (yo no lo leí) la novela entre las de la picaresca española. Un poco raro se me hace. Pero es hombre de buena fe y muy estudioso y él y su mujer parecen dos tipos madrileños de Arniches —muy simpáticos—. Ya en los sesenta. Él les pellizca a las alumnas que le gustan y ella le arma la de D. es C. cuando se entera.

Sigue con Nancy:

Luego, he visto alusiones a veces aquí y allá. Te aconsejo que leas en relación con todo eso un librito de una amiga (la que me acompañaba en mi viaje por España) donde recoge dos artículos míos un poco polémicos contra alguien que había faltado al respeto a Nancy en una revista de Zaragoza. El director me han dicho que es un notario, lo que tiene cierta gracia.²

Y viene lo del profesorado y la enseñanza:

Veo que eres una verdadera profesora, lo que no puede sino perjudicar a tu obra poética (lo digo por tu afición a la bibliografía y a las notas al pie, etc.). Di lo que a ti se te ocurra, sobre Nancy. Es una chica americana que se encuentra a gusto en la vida y que la goza como Dios le da a entender. Es lo que hacemos más o menos los que no tenemos el *ego* atravesado en la garganta ni la voz engolada. El amor es una buena escuela de acomodamiento a la sencillez de las cosas (una sencillez orgiástica, claro).

Veo que tus alumnos son más aburridos que los míos. Cuando yo daba clases (hace un par de años) venía a veces uno de esos chicos que hablan mal el español y mal el inglés (nacidos en Méjico o en Toronto de padres filipinos o australianos —chichimecas o australopitecos—) con preguntas raras. Yo propuse a uno de ellos que andaba muy sin dineros para un puesto auxiliar en alguna parte, y él, honrado que era, me preguntaba: «¿Cree usted, profesor, que soy verdaderamente capable?». Tú sabes que en inglés «capaz» es *cápabel* (fonéticamente hablando). Podría decirte otras cosas parecidas que te harían reír de veras, pero no deben ir todas en una carta. Además solo vienen a la memoria de vez en cuando.

Y sigue lo de Cela:

Poco antes de llegar el correo me ha llamado por teléfono desde Los Ángeles Camilo J. Cela. Va a venir el domingo a verme (hoy es viernes) y lo espero con grandes curiosidades y grandes ganas de hablar.

Supongo que se quedará por aquí hasta mediados de abril, que es la fecha de una convención de mujeres americanas escritoras que debo yo inaugurar (americanas de todo el continente) a la que han invitado a algunos machos sin duda para seducirnos por el lado literario aunque yo prefiero el otro. En todo caso hacer algo sobre las damas siempre es placentero y honroso. Aunque solo sea un discurso. Ya te contaré.

Resumo la larga epístola. Habla Sender de un libro que le publica Editora Nacional (*Ensayos sobre el infrincimiento cristiano*, 1975) y le propone a Ana María gestionarle una invitación de la Universidad, y añade que él la invitaría por su parte «a ver las ballenas que bajan del ártico en manadas».

¹ Luego lo recordará y lo pondrá en tinta: «¡Salinero!».

² Se trata del libro de Luz Campana de Wats *Veintitún días con Sender en España*, publicado por Destino en 1976.

Vuelve a surgir el Sender *mujeriológico*:

Niña, no me des coba. Yo siempre he sido feo y a eso he debido el éxito si he tenido alguno con vosotras. Siempre he creído que la mujer que me acepta «me hacía un favor» y se lo he dejado sospechar (aunque no se les he dicho, no soy tan bobo) y ellas han creído descubrirlo jubilosísimamente.

Cito este párrafo por su adjetivación de la tradición española:

Sigo llamándote *niña*. Una tendencia natural a la ternura. No es que me preocupe por otras personas más o menos próximas a ti —en absoluto— pero respeto la tradición *carpetobetonicaiberoligur* de la que supongo que quedan restos a pesar del «talgo» y de los trasvases del Ebro.

Habla Sender del ajedrez —parece que por alguna referencia en una carta de Ana— y dice que le gusta y que no es mal jugador: «uno está siempre dispuesto a poner su vida en el tablero (creo que esto suena de Jorge Manrique). Y el ajedrez y las dimensiones líricas de lo real absoluto (entiéndelo como puedas) es lo único que me interesa en esta vida». Y, por fin, de las ardillitas. Son párrafos encantadores que nos llevan a *Adela y yo*:

En los alrededores de mi casa —en un parque estupendo— viven varias familias de ardillitas amigas mías. La abuelita (se llama Adela) es tan graciosa y juvenil como sus nietos y me espera y viene a mis rodillas (sentado yo en un banco) y solo a las mías y sentadita (la hermosa cola en forma de interrogación) come su meriendita de nueces. Si pasa alguien con un perro salta a mi hombro y desde allí le dice cosas tremendas en un lenguaje que solo yo entiendo. Indignada, desde luego. Llama al perro hijo de perra —nada más lógico y razonable— y «old bastard» (habla español e inglés) y cuando el perro ha desaparecido baja a mis rodillas y sigue comiendo. Yo la acaricio la espalda y ella levanta el lomito para que la presión de mi mano sea mayor, lo que me hace sentirme casi tan feliz como cuando inauguro un curso femenino más o menos internacional (digo, una convención) o hago alguna otra cosa sobre las mujeres, siempre y eternamente merecedoras.

Mi ardillita es celosa y riñe a sus hijos y sobrinos (tiene toda una familia, cada pareja viviendo en lo alto de un árbol) cuando quieren seducirme a mí. ¡Y mira que las hay bonitas! Pero ninguna tanto como Adela, que es la princesita de esa zona del parque (los animales se distribuyen los territorios muy sabiamente).

Lo malo es que las nueces que le llevo son afrodisíacas (¡qué le voy a hacer!) y la pobrecita anda siempre enamorada e inaugurando nidos nuevos.

Y concluye: «No sé por qué te cuento estas cosas. Espero que no te aburras demasiado». Tras la despedida («Besos de tu mejor colega y amigo») añade su firma autógrafa, *Ramón*.

9 DE MAYO DE 1976

Sender habla de un inmediato viaje a Madrid y Zaragoza, aunque luego se vaya por sus ramas culturalistas:

Es posible que poco después de llegar esta carta a tus blancas manos llegue yo a Madrid y dos días más tarde a Zaragoza (si el tiempo lo permite) para continuar dos días o tres más tarde a Barcelona y Mallorca.

Una primaverita en España siempre cae bien.

Aunque la sangre se altere un poco (a pesar de la edad).

9 mayo '76

Querida Ana Maria,

Te escribo en este papel "corpulento" porque no tengo otro (mi casa es un caos) y es domingo. Además pensándolo bien te mereces un papel robusto como este. Y mas.

No sé como andamos de deudas y correspondencias postales. Te escribi hace algunas semanas y espero que recibirías mi carta. Desde entonces han llegado dos tuyas y han sido celebradas como merecen.

Es posible que poco después de llegar esta carta a tus blancas manos llegue yo a Madrid y dos días mas tarde a Zaragoza (si el tiempo lo permite) para continuar dos días o tres mas tarde a Barcelona y Mallorca.

Una primaverita en España siempre cae bien.

Aunque la sangre se altere un poco (a pesar de la edad).

No iré solo sino bien acompañado (como la vez última). Tengo una amigurse-secretaria-auxiliar en materias literarias que tengo el gusto de presentarte: Luz. El mismo nombre de la amada del poeta sevillano que según vos otros los profesores inicia e inaugura el culteranismo. Para mas detalles era un sacerdote virtuosísimo que se llamaba Fernando de Herrera y a quien llamaban majeradamente (no era para tanto) el Divino. Estaba enamorado de la duquesa de Gelves a quien llamaba en sus sonetos (para disimular) Luz. No sé para qué te digo tantas cosas que tu sabes mejor, como buena estudiante.

Nada de eso empece (como decis los profesores) para que te dé el abrazo de colega que me corresponde y el beso paternal que tú me permitirás, espero

El poema que me has enviado no es tan bueno como otros tuyos aunque tiene algunos versos muy ricos de sugestividad. Los he marcado a la derecha o a la izquierda y cada uno de ellos

es como el germen de un poema nuevo

Y perdona el endecasílabo, pero en eso estamos y que don Fernando el Divino nos bendiga.

Esas duquesas de las que se enamoraban los curas (en el confesionario, supongo) debían sentirse a un tiempo cortejadas por el angel y el demonio y el que salía ganando con todo eso, supongo, era el duque o el palafrenero del duque (se dan casos). En todo caso nada se pierde en la naturaleza.

Yo entre las aristócratas merecedoras de silvas, sonetos, rondeles y otros excesos solo me habría dejado seducir por la condesa de Niebla (no sé quien era y nunca la vi, pero la relaciono con los halcones neblies, de caza y estoy un poco enamorado de ella por su nombre).

Adela no lo sabe. Por cierto que su amante (el de Adela), que comparte las nueces que le doy a ella, el otro día me mordió en un dedo y me hizo sangre, el hijo de la Gran Bretaña. Para mayor ludibrio estaba un fotografo que había venido de Los Angeles y me hizo muchas fotos con Adela y tambien con un pajarito azul -Blue -jay- que viene a comer a mi mano. Figurate mi indignación. Adelita es cuidadosa cogiendo con su boquita los trozos de nuez sin tocarme nunca los dedos -y a veces podría cogerlos de mis dientes tambien, sin tocarme-. Pero me consuelo recordando que Adela, cuando está conmigo y llega su amante (bueno, su marido, ella me perdona pero es de muy buenas costumbres) le arremete y le obliga a salir por pies.

En fin, que como ves nuestras relaciones son irregularmente normales y que Adelita corresponde a mis generosidades y a mis amores mejor que la duquesa de Gelves al Divino Herrera.

Y es natural. Todavía hay clases.

Te envio otros sellos (supongo que recibiste los que iban en la carta última).

Un cordial abrazo

Remón

No iré solo sino bien acompañado (como la vez última). Tengo una amiga-nurse-secretaria-auxiliar en materias literarias que tengo el gusto de presentarte: Luz. El mismo nombre de la amada del poeta sevillano que según vosotros los profesores inicia e inaugura el culteranismo. Para más detalles era un sacerdote virtuosísimo que se llamaba Fernando de Herrera y a quien llamaban exageradamente [sic] (no era para tanto) el Divino. Estaba enamorado de la duquesa de Gelves a quien llamaba en sus sonetos (para disimular) Luz. No sé para qué te digo tantas cosas que tú sabes mejor, como buena estudiante.

Nada de eso empece (como decís los profesores) para que te dé el abrazo de colega que me corresponde y el beso paternal que tú me permitirás, espero.

No faltan los flecos escabrosillos:

Esas duquesas de las que se enamoraban los curas (en el confesonario, supongo) debían de sentirse a un tiempo cortejadas por el ángel y el demonio y el que salía ganando con todo eso, supongo, era el duque o el palafrenero del duque (se dan casos). En todo caso nada se pierde en la naturaleza.

Yo entre las aristócratas mercedoras de silvas, sonetos, rondeles y otros excesos solo me habría dejado seducir por la condesa de Niebla (no sé quién era y nunca la vi, pero la relaciono con los halcones neblíes, de caza y estoy un poco enamorado de ella por su nombre).

Y volvemos a su ardilla favorita:

Adela no lo sabe. Por cierto que su amante (el de Adela), que comparte las nueces que le doy a ella, el otro día me mordió en un dedo y me hizo sangre, el hijo de la Gran Bretaña. Para mayor ludibrio estaba un fotógrafo que había venido de Los Ángeles y me hizo muchas fotos con Adela y también con un pájaro azul —blue-jay— que viene a comer a mi mano. Figúrate mi indignación. Adelita es cuidadosa cogiendo con su boquita los trozos de nuez, sin tocarme nunca los dedos —y a veces podría cogerlos de mis dientes también, sin tocarme—. Pero me consuelo recordando a Adela, cuando está conmigo y llega su amante (bueno, su marido, ella me perdona pero es de muy buenas costumbres) le arremete y le obliga a salir por pies.

En fin, que como ves nuestras relaciones son irregularmente normales y que Adelita corresponde a mis generosidades y a mis amores mejor que la duquesa de Gelves al Divino Herrera.

Y es natural. Todavía hay clases.

La carta se inició con un «Querida Ana María» y concluye con «Un cordial abrazo» y la firma autógrafa, *Ramón*.

24 DE ABRIL DE 1980

Esta es la última carta que tenemos de la correspondencia Sender – Navales. Don Ramón escribe a mano, desde «3520 Third Avenue / Apartment 209 / San Diego, CA 92103», una breve misiva:

Querida amiga,
Ha llegado tu libro de *Adonáis*.³ Este nombre tiene que ver supongo con *Adonis* muerto por un jabalí. Yo lo vengué matando otro jabalí en Tauste cuando tenía 12 años. ¿No te gusta?

³ Se trata del libro *Mester de amor*, que obtuvo un accésit del Premio Adonáis 1978.

Mándame todo lo que publiques. Me gusta ver que te acuerdas de mí y además es un placer leerte.

Un abrazo de
Ramón J. Sender

ADENDA: CARTAS DE RAMÓN SENDER BARAYÓN

Agregamos a esta correspondencia las dos cartas que Ramón Sender Barayón, hijo de Ramón J. Sender, dirigió a Ana María Navales para pedirle algunos detalles sobre su madre, Amparo Barayón, esposa de Ramón J. Sender.

15 de abril, 1982

Estimada Señora:

Desde hace mucho tiempo he estado planeando un viaje a España. Salí en 1937 de niño, acompañado de mi padre, Ramón J. Sender, y mi hermana Andrea. Desde la repentina muerte de él, sería más importante para mí saber acerca de mis parientes y antepasados. Quiero estudiar mi herencia Ibérica, particularmente la historia de mi madre Amparo Barayón, quien murió al empezar la guerra civil.

Encontré su nombre y dirección en la agenda de mi padre y me alegraría poder usar cualquier información que Vd. me pudiera referir tocante los años 1930-1939 para mi padre, y 1910-1936 para mi mamá. Si no es molestia de su parte, me gustaría poderme entrevistar con Vd. este verano.

Mi dirección hasta el 20 de junio es: 2959 Washington St. #3, San Francisco, CA. 94115, EE. UU., y después y desde agosto 20, puede dirigir contestaciones a mi atención a la oficina postal de American Express, Plaza de las Cortes - 2, Madrid.

Le agradezco su ayuda.

Muy atentamente,
[Firma autógrafa, *Ramón Sender*]
Ramón Sender Barayón

24 de mayo, 1982

Muy distinguida amiga:

Quiero agradecerle su mensaje pensativo. Bien que mis memorias de España sean las de un niño pequeño, yo he estado agobiado por su simpatía y la amistad de las contestaciones que he recibido.

Espero con mucho gusto renovar mi identidad de España.

Atentamente,
[Firma autógrafa, *Ramón Sender B.*]
Ramón Sender Barayón

En esta última hay un añadido manuscrito («Soy el hijo de quien hablaba mi papá —compositor y novelista también—. Cuando estemos en Zaragoza, le telefonaré») firmado con las iniciales RS.